

tamente vosotros, hijos de la reina de las Antillas, sois los hijos predilectos de María, entre los que habitan las islas lejanas. No estaba satisfecho el amor que esta Madre os tiene con que la veneráseis en las advocaciones de la Caridad, de Covadonga, de Loreto, de la Luz, de Guadalupe, de Montserrat, y de otras muchas que tiene en cien y cien altares que la ha erigido la piedad de vuestros mayores y la vuestra en esta opulenta pero católica Tiro; María ha querido daros una prueba de su especial amor, presentándose á vosotros en su imagen y título de *Madre de los Desamparados*. Ahí la teneis, devotos hijos de la Habana; no es ya Valencia la única que puede gloriarse en su tierna Madre; no es ella la sola que obtiene el beneficio de su proteccion, pues vosotros sois tambien hijos de María, vosotros tambien impetrais sus favores.

Coronad, pues, este amor de María corriendo presurosos á formar en torno de tan dulce Madre un coro melodioso que exhale acentos de gratitud, alabando á su Hijo por tanta dignacion. Sea vuestro primer deber el asociaros á los que tienen su gloria en ser hijos de la Madre de los Desamparados, y estad seguros que María, en cambio de una devocion que se le debe de justicia, os amparará en esta triste vida, y os conducirá á la mansion de la paz en la gloria, que deseo á todos. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

DE

NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS.

Et ego primogenitum ponam illum excelsum præ regibus terræ.

Y yo lo estableceré por primogénito y elevado sobre los Reyes de la tierra.

(PSALMUS LXXXVIII, vers. 28.)

¿Conque aquel Sér cuya inmensidad no cabe entre los límites del austro y del polo, tiene tambien un lugar donde reside con especialidad, como si no existiese otro punto en el mundo? ¿Conque aquella Pupila fulgurante que con más ligereza que el rayo solar recorre el espacio inmensurable, se dirige benigna á un solo paraje, y lo observa con singular atencion, como si á los otros mirase con indiferencia? ¡Pueblos de la tierra! ¿Conque no todos sois igualmente observados, no todos igualmente protegidos, no todos igualmente conservados y defendidos por aquella mano pródiga que sostiene al mundo en su índice? ¡Naciones! ¿Conque no á todas ha puesto el Altísimo bronceados muros donde ni pueda abrir brecha el aríete enemigo, ni escalar el guerrero ligero como el águila, ni penetrar la ominosa hueste? ¡Monarquías! ¿Conque no á todas fué concedido el cimentarse en alta y sólida montaña, ni llevar su glorioso pabellon de siglo en siglo, triunfando siempre del enemigo, conservando intacto el

regio tallo, haciéndose respetar de amigos y de adversarios? No; Dios, que no es aceptador de personas, lo es de los pueblos, y se complace en las gentes que cumplen la justicia; Dios, que por su inmensidad llena todo lo criado, manifiesta especialmente su gloria y su poder en el seno de naciones predilectas; Dios, que con perpetua é interminable mirada registra todos los sucesos del mundo, tiene una atencion singular en ciertos pueblos, y les pone en rededor altos valladares que los defiendan, y les deputa númenes tutelares que los protejan y los guarezcan de las incursiones del enemigo. De tantas familias como habitan la Mesopotamia, sólo escoge una para engrandecerla, y es la de Abraham; de tantos pabellones como hay en Israel, sólo elige el Leon de Judá, para que quede siempre victorioso y sea estable su imperio. Pocas son estas naciones venturosas, pero no deja de haber algunas, cuya marcha parece estar palpablemente decretada por el cielo, pues se ven rasgos de tanto amor y bondad, que resalta en todas las épocas la particular predileccion divina. No se ofenda vuestra delicadeza, naciones modernas; no te irrites, Albion industriosa, que por nueve siglos fuiste un seminario de Santos; ni tú, Germania ilustre, que encierras cien y cien pueblos que un dia no tenian sino un Dios, una fé y un bautismo; ni tú, Galia guerrera, que distes más héroes á la Religion que á la patria cuando ignoraste los elementos de la filosofía carnal; ni vosotros, pueblos afanosos, que no teneis otro hito de operaciones que la adquisicion del oro, la propagacion de vuestras obras fabriles y la extension de vuestro territorio. Habeis buscado glorias y riquezas mundanas; glorias y riquezas os ha dado Dios. Pero ¿sois la nacion predilecta, el pueblo primogénito, la familia elevada más que todos los Reyes de la tierra? No, que en medio de vosotros campea la herejía, y Dios no se complace en el error; no, que habeis alzado altar contra altar, sacerdocio contra sacerdo-

cio, un poder humano contra un poder divino, y Dios no se gloria en ser Dios de disension, sino de paz. Yo diré, sin temor ni pasion, cuál es el pueblo á quien Dios mira con singular cariño, el pueblo que Él protege con mano poderosa, el pueblo que Él ama con exceso, y que Él ha elevado más que á todos los de la tierra: es la España.

¿La España? ¡Ah! ¿En pró de esta nacion dichosa habrá Dios desplegado otra Omnipotencia que la que crió en seis dias los cielos y la tierra? ¿Ó aquella sangre divina que empapó las piedras del Gólgota, corrió más abundantemente por salvar á los hijos de la Iberia? No, católicos; estos beneficios fueron iguales para todos los pueblos, y todos han disfrutado de ellos; pero Dios hizo por la España lo que quizá no ha hecho por otra nacion; Dios la dió un Ángel tutelar que no tiene semejante, un Númen poderoso á quien sobran el amor, el poder y las riquezas. ¿Diré quién es este Ángel de defensa, quién es este Custodio de tan alto poderío? Bien lo sabeis; es María. ¡María! ¡Ah! Todos los hombres son hijos suyos, engendrados en las entrañas de su amor, y entre los dolores del Calvario; todas las naciones son pueblo suyo, ovejas de su pasto; pero la España es el pueblo de María; el hijo de la Iberia es el hijo de María. Todos han recibido de esta Madre piadosa la leche de la doctrina que los salva y los civiliza; todos la deben su rescate y sus venturas; mas el pueblo español es aquel á quien María adoptó como á su hijo primogénito, y á quien prometió engrandecer más que á todos los Reyes de la tierra. *Ego primogenitum ponam illum excelsum præ regibus terræ.*

Ese título tan interesante como tierno con que hoy la veneramos, es el monumento perenne de esta verdad; la Madre de los Desamparados no ha de ser contemplada tan sólo con relacion á los bienes de la Redencion, sino tambien á los temporales. Voy, pues, á presentaros el cuadro más grande que pueda delinear la mano humana, la his-

toria de diez y nueve siglos, la historia del amor de María hácia sus hijos predilectos. ¿Qué ha hecho María por la España? Ved mi asunto y mi pregunta, cuya solucion será el tejido de este discurso.

Virgen augusta: llegue hasta mí tu mirada compasiva. ¡Ah! Si no me acoges hoy en tu benigno seno; si no das tu calor á mis palabras; si no sostienes mi debilidad, estoy más cierto que voy á sucumbir bajo el gran peso que me abruma. Espero de tu amorosa bondad que, movida por las oraciones de este devoto pueblo, des una elocuencia sobrehumana para elogiarte, al más indigno de tus hijos, que te ama y te saluda con el Angel.

AVE MARÍA.

La fé en Jesucristo es el único instrumento de civilizacion, de paz y dicha para los pueblos y naciones. Ella engendra los vínculos sociales que hacen de las masas numerosas un cuerpo compacto, capaz de resistir á todas las irrupciones de los bárbaros; ella, separando la escoria de la sustancia, purifica las ciencias, eleva los entendimientos, ennoblece las artes, inspira á los Monarcas amor y justicia, y á los súbditos sumision honrosa; ella da valor al hombre de la plebe, heroismo al de las armas, ardimiento en los combates, intrepidez en los peligros y abundancia en la paz; ella, por fin, forma con sus dogmas y moral, como en una escuela divina, los entendimientos, y los ilustra con solidez, haciendo que en el seno de las naciones que la reciben y la conservan, se vea ese conjunto admirable de virtud y de saber, de piedad y de valor, de amor y de justicia, dando con equidad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César. El pueblo que abra su corazon á esta fé, será muy en breve un pueblo grande; el pueblo que la conserve con celo, será un pueblo sabio y feliz; el pueblo que la defienda á todo

trance, será siempre un pueblo heróico. Vamos á demostrarlo.

¿Qué ha hecho María por la España? Ella la dió la fé de Jesucristo, Ella la ha conservado. A primera vista, señores, este beneficio parece uno, y sin embargo es múltiplo, así como son dos los beneficios de la creacion del mundo y el de su conservacion, porque en el primero brilla la omnipotencia y en el segundo la providencia de Dios: nada era para el mundo material salir del caos, si Dios no lo hubiese conservado: en el primer momento hubiera existido, y en el segundo habria desaparecido; y lo mismo sucediera, dice el sublime Agustin, á las substancias espirituales, no obstante que carecen de partes y composicion física.

De qué medios se haya valido la Providencia para llevar la luz del Evangelio á la nacion predilecta, está claro en el Evangelio. «Id, dijo Jesucristo á sus discípulos; predicad mi Evangelio á toda criatura; el que creyere y fuere bautizado, será salvo.» Contemplad, señores, el sublime cuadro de la mision apostólica como la caravana de muchos viajeros que, en medio de oscura noche, se separan unos de otros, tomando rumbo diferente, sin llevar otra luz que una débil linterna oculta en su propio seno; así salen de la Palestina los Apóstoles, siguiendo el derrotero del mundo envuelto en caos tenebroso, llevando en el fondo de su corazon la chispa eléctrica que les sirve á ellos de guia y á los otros ha de iluminar é inflamar. ¿Quién será el que, flanqueando las altas cumbres de Pirene, ó surcando las salobres aguas del Tirreno, vaya á imponer el yugo de la fé al indomable pueblo que habita en las márgenes del Bétis, en las del dorado Tajo y del Ebro?

El cartaginés ha perdido sólo en los muros de Sagunto ciento setenta mil de sus combatientes; Roma ha visto desaparecer tres generales con sus ejércitos en Numan-

cia; el cántabro, despues de haber combatido como un leon con el coloso del mundo, ha dejado las llanuras, y se ha retirado á montañas donde no suba el corcel ni penetren las lanzas de la orgullosa señora de las naciones. ¿Se atreverá á predicar á este pueblo indomable un discípulo de la Cruz? ¿Le oirán cuando les diga que condenen al fuego su adorado Hércules, con los demás dioses nacionales y extranjeros, importados allá por el fenicio, por el cartaginés, por el druida, por cuantos pueblos amigos ha tenido? Sí, y ¡gloria y prez sean al hijo del Trueno, que sin temor á los elementos, ni á las fieras, ni á la tiranía, penetró por las incultas selvas de la Iberia, y llegó al seno de sus populosas ciudades, predicando el Evangelio de Jesucristo.

¡Gloria y prez al glorioso Patron de España! Pero confesemos paladinamente una verdad. ¿Veis ese pueblo que entre todos los demás se distingue por la nobleza de sus sentimientos, la adhesion á sus antiguas tradiciones, la tenacidad de sus ideas, la firmeza de sus palabras, la inviolabilidad de sus juramentos y la constancia en las adversidades? Pues estas grandes cualidades no son en él hijas de la moderna civilizacion; los iberos y cántabros nos legaron ya estas propiedades hace diez y nueve siglos; más tiempo hace que un gran capitán que con su espada se abrió camino al través de las Galias, y dominó el antiguo Albion y la Germania, al paso que en sus *Comentarios* se adquiria un nombre imperecedero, escribia que los hijos de la Iberia eran entre todos los pueblos los más valientes, pero los más supersticiosos y más adictos á sus dogmas y ritos. Así es que el Apóstol Santiago, despues de haber sufrido trabajos indecibles en su peregrinacion por la España, apenas pudo convertir en ella ocho hombres á la fé de Jesucristo. ¡Tan hondas eran las raíces de la idolatría! ¡Tanta era la fanática oposicion á la luz del cielo! Ved, señores, al pobre discípulo de Je-

sus, cómo sentado junto á las riberas del Ebro, apenas tiene una insignificante escuela; allí, como en otro tiempo su Maestro entre los olivares, alza sus manos al cielo pidiéndole consuelo en tamaña desventura. «¿Es posible, diria á sus discípulos, es posible que en esas ciudades populosas, fundadas por los Césares de Roma, haya un pueblo tan enemigo de su propia dicha? ¿Es posible que no crean vuestros compatriotas y mis hermanos en aquel Dios que ha muerto por su amor? ¿Es posible que yo he de dejar este suelo predilecto regado con mis sudores, sin que se haya plantado en él la Cruz, sin que mi Maestro sea adorado, y sin que queden discípulos de la verdad?»

Así oraba con sus recién convertidos el Apóstol de la Iberia. ¡Ah católicos! No hay lenguas para explicar dignamente lo que entónces pasaba; era llegado el momento venturoso para nuestra querida pátria, en que la hermosa planta de María la iba á santificar. Cuando Santiago dirigia al cielo su oracion por la España idólatra, se aprestaban los serafines para tomar en sus alas á su Reina, y en trono de esplendorosas nubes trasportarla á la nacion que era su hija primogénita. Repentinamente fulgura en las márgenes del Ebro una inmensa ráfaga de luces celestiales, en cuyo centro aparece con rostro amable la Madre de Dios; una mirada apacible de este noble personaje infunde en los discípulos una extática alegría, y de aquellos labios de carmin salen estas palabras: «No te turbes, hijo querido, que tantas veces fuiste compañero de los trabajos de mi Jesus; esta tierra es tierra de bendicion; sus moradores han de abrazar la fé de tu Maestro, y la Religion echará tan hondas raíces, que se perpetúe hasta la consumacion de los siglos; aquí mismo alzarás un templo, y yo estaré en él como en mi propia casa, para que los iberos sepan que ellos son mis hijos, y yo soy su Madre.» Dijo, y con ligero vuelo los ángeles se

alejaron con su Reina, y entre mil acentos de música celestial colocaron la sagrada imágen de María sobre el pilar de alabastro.

¿Qué es de la España desde entónces? ¿Qué es de su fé y de sus creencias? ¿Qué hacen sus hijos? Al poco se extienden por toda ella los discípulos de la Cruz, y consagran con su sangre las ciudades de la Bética, destruyendo la idolatría, é inoculando en todos los corazones la fé del Crucificado. ¡Ah! ¿Quién recorrerá las páginas de la historia de aquellos tiempos sin llenarse de asombro? Desde los confines de la Lusitania hasta los de la España Tarraconense; desde las aguas del Guadalquivir hasta las remotas cumbres del Pirineo, no hay ciudad que no sea regada con la sangre de los mártires; hoy confiesan gloriosamente el nombre de Cristo los Indalecios, Segundos y Cesifontes; mañana son sacrificados los Facundos y Primitivos; aquí las Engracias, las Leocadias, las Justas y Rufinas; allí las Eulalias, las Liberatas y Quiterias; en una parte niños inocentes; en otras ancianos venerables; en otras ciudades enteras sucumben al furor del tirano, sellando su fé con su sangre; de modo que el pueblo heróico cuyo brazo hizo temblar á Roma, que rechazó sus generales, deshizo sus huestes y prefirió abrasarse vivo entre llamas voraces ántes que humillar su altiva cerviz al orgullo patricio, ahora camina gustoso á los anfiteatros y á las hogueras, por no sufrir que el Dios del Calvario sea ultrajado por los abominables ritos y dogmas de la idolatría.

¡Ah! Yo no sé que haya un pueblo de tantas glorias religiosas en tiempos tan lejanos; cuando de Córdoba salía el gran Osio para presidir el primer Concilio general que ha tenido la Cristiandad; cuando los Severos, los Braulios, los Eladios ocupaban las Cátedras episcopales; cuando los Fulgencios, los Leandros é Isidoros, como astros luminosos, instruian toda la Iglesia; cuando los

Ildefonsos combatian las herejías; cuando el Episcopado en varios Concilios nacionales repudiaba las erróneas doctrinas de Priscilo; cuando al poco se ven sentados en un mismo recinto el Rey, los próceres, los Obispos, los condes y los generales, estableciendo por ley fundamental de la monarquía la fé católica, prohibiendo los derechos de ciudadano á quien no la profesase, jurando solemnemente defenderla con sus bienes y su vida; cuando todo esto sucedia, estaba nuestro amado suelo en la edad de oro de su fé, y eran estos tiempos nada ménos que el cuarto, quinto y sexto siglo del Cristianismo. Hoy dia nos gloriamos, y con justicia, de haber dado á luz en tiempos modernos á esos grandes hombres, que bogaron por mil mares hasta llegar al nacimiento del sol, y doblaron los cabos más peligrosos de los mares, y se expusieron á peligros y azares nunca vistos por descubrir nuevos mundos; nos gloriamos de los Cortés y Magallanes, como pudiera gloriarse Grecia de sus Ulises y Arquímedes, y Troya de sus Eneas. ¡Glorias vanas! ¡Glorias de armas y de conquistas, que no se obtienen sin sangre ajena! Entónces se gloriaba la Iberia de dar á luz á los Valeros, á los Vicentes y Lorenzos, cuyo heroismo hizo tan famosas á Valencia y Roma, como lo fuera Jerusalem por el protomártir del Cristianismo; gloriábase entónces mi patria de ser la madre de los grandes doctores, de no ver su fé manchada con la herejía, de no dar la mano á Manes, ni á Donato, ni á Pelagio, ni á ninguno de tantos fanáticos como infestaban ya en aquellos tiempos la patria de los Clodoveos y la del gran Obispo de Hipona.

Una trasformacion tan súbita, un arraigo tan instantáneo de la verdadera Religion; una abundancia tan copiosa de mártires, de vírgenes, de doctores, de santos Obispos; un entusiasmo tan general por la verdad; unos hechos tan felices, que más parecen pertenecer á los tiempos de la dorada poesía que á la época de la historia,

nos conducen necesariamente á una reflexion singular. ¿Cómo es posible que la patria de Viriato, de incrédula, en un momento se hizo creyente; de fanática, religiosa; de altiva, sumisa; de idólatra en extremo, cristiana sin ejemplar? ¿Cómo en dos siglos se abolió la supersticion, se plantó la fé y se abjuró el paganismo, cuando en los principios no queria oír la voz de uno de los primeros Apóstoles? ¿Cómo...? Pero preciso es convenir en que el altivo hijo de la Iberia necesitó de toda la eficacia de la gracia celestial derramada en su suelo por la piadosa María. Desde que con su presencia consagró á este país afortunado, se cumplió en él lo que anunció el Señor por el profeta Oseas; en el lugar que se decia «tú no eres pueblo de Dios,» se dirá en lo sucesivo «vosotros todos sois hijos del Dios vivo.» (Oseas, cap. 1, 10.)

Hé aquí, señores, la España creyente: cuando Arrio, en el siglo iv, intenta romper la unidad de la fé, ya el suelo de los Eugénios é Ildefonsos ha celebrado sus concilios en Elvira, en que han suscrito todos los Obispos, y en nombre suyo todos los hijos de la Iberia; no hay idolatría, no hay supersticion, no hay errores; todos los templos paganos han sido destruidos; se han levantado Iglesias en todas partes; tienen santuarios los mártires, los tienen los Apóstoles, los tienen las vírgenes, los tiene sobre todo la Reina de los ángeles. ¿Perseverará la España en su fé? ¿Será tan constante en conservar sus creencias, como fuera tenaz en no dejar su antigua idolatría? ¿Mostrará tanto heroísmo en defender su Religion, como lo ha desplegado en rechazar al cartaginés y al romano, que quisieran imponerla un yugo férreo de dominacion extranjera? Ved, señores, lo que debe la España á María tambien; Ella la dió la fé, y Ella se la ha conservado.

Las revoluciones de los pueblos son un misterio; vemos sus terribles resultados, queremos examinar sus causas, intentamos adivinar sus tendencias, y al fin nos

quedamos en una completa oscuridad, teniendo que convenir en una verdad, á saber, que todas las revoluciones deben su origen á la ambicion, á la codicia, al fanatismo y al error; y son estos vicios tan tiranos, que no respetan ni principios, ni moral, ni derechos, ni ninguno de los grandes elementos sociales, pues todo cae en presencia de las revoluciones, como si un vendaval furioso se desatase: todo desaparece, con tal que los invasores puedan conseguir su fin. Ahí está la historia; leedla, y quedareis sorprendidos al ver por los hechos que esta y no otra es la filosofía de todos los grandes trastornos que han causado á la humanidad los fanáticos y ambiciosos de todas las épocas.

¿Quién hubiera dicho á la España del siglo v que era él el pueblo que habia de combatir sin cesar con las más espantosas revoluciones? ¿Quién la hubiera podido anunciar que, hallándose al cabo del antiguo mundo, habia de ser el teatro donde se decidirian con las armas los mayores problemas, en que iba nada ménos que la Religion y la libertad de todos los pueblos de la tierra? Vedla cómo se mece entre las dulzuras de la paz bajo el suave gobierno de los Recesvintos, Recaredos y Wambas; vedla cómo en todas las sillas episcopales tiene Prelados santos, cómo sus desiertos están poblados de santos cenobitas, cómo junto á las ciudades populosas se oye el sonido campanil de las vírgenes que son llamadas á cantar las divinas alabanzas; vedla... pero ¡ah, querida patria mia! Tú no sabes que un hijo de Agar se está robusteciendo para enviar á tu recinto huestes ominosas que aniquilen tus riquezas, asolen tus templos, y desmoronen tus ciudades, y lleven cautivos tus hijos, y exijan un infame tributo de tus vírgenes; tú no sabes que las naciones vecinas, envidiando tu dicha, han de echar mano de la falsa política para introducir en tu seno el gérmen de la discordia y aprovecharse de tus riquezas y sudores; tú ignoras que la herejía